

Resumen ejecutivo

Europa ha sobrellevado numerosos shocks intensos con gran habilidad, pero los daños persistentes están empezando a dejar huella. El ritmo de crecimiento está perdiendo fuerza para dejar paso a un panorama mediocre a mediano plazo. El empuje del adelanto de las exportaciones a principios de año está retrocediendo a medida que los aranceles empiezan a hacer mella, y los mercados de bonos están incorporando a los precios el elevado riesgo que genera la prolongada incertidumbre. Hasta la fecha, los recortes en las tasas de interés y el mayor gasto fiscal, incluido el gasto en defensa, no han logrado estimular la demanda privada. La brecha de productividad respecto a Estados Unidos sigue siendo considerable. A nivel interno, siguen sin realizarse las reformas de sobra conocidas que se necesitan. Anteponer objetivos nacionales concretos a intereses compartidos de naturaleza más amplia, así como el lento proceso de toma de decisiones en el seno de la Unión Europea (UE), amenazan con retrasar los avances en la integración de los mercados europeos de trabajo, capital y productos. Además, las reformas para impulsar el crecimiento a nivel nacional no suelen contar con apoyo interno. En un contexto en el que el crecimiento y la consolidación no están alcanzando los niveles deseados, la montaña de deuda de los países europeos podría incrementarse, en promedio, hasta el 130% de aquí a 2040. Las presiones fiscales asociadas hacen necesaria una consolidación fiscal importante.

A corto plazo, las políticas macroeconómicas deben mantener el rumbo, salvaguardar la estabilidad de precios que tanto ha costado lograr, iniciar la consolidación fiscal y preservar la apertura comercial. Habida cuenta del aumento de los costos del comercio internacional, Europa debería ampliar sus relaciones comerciales y promover la cooperación multilateral. La clave para lograr un crecimiento sostenible más elevado a largo plazo es superar la peligrosa inacción de la política económica respecto de las reformas estructurales. La solución se encuentra, sin duda, al alcance de Europa. En estos momentos está teniendo lugar un intenso debate sobre las reformas. Ahora bien, existe el riesgo de que toda una serie de ambiciosos planes, que van desde la simplificación de la burocracia hasta la introducción del 28º régimen, acabe por diluirse.

Reconocer la necesidad urgente de cambio tiene que traducirse en acciones decididas. Las áreas prioritarias a nivel de la UE incluyen eliminar la fragmentación del mercado único, movilizar la inversión de riesgo, expandir el suministro de bienes públicos europeos y maximizar las economías de aglomeración. Si tan solo el tercio más importante de todos los centros de producción de la UE pudieran aprovechar las ventajas de la aglomeración derivadas de la disponibilidad local de capital humano y de ecosistemas de financiamiento e I+D al mismo nivel que sus contrapartes estadounidenses, la productividad agregada de la mano de obra de la UE aumentaría un 8%. A nivel nacional, aumentar la productividad requiere aligerar la regulación, crear condiciones propicias para la innovación y mejorar la movilidad de la mano de obra.

Realizar reformas es complicado. El diálogo social y la comunicación estratégica pueden ayudar a superar la división política y la reacción en contra de los intereses creados. Combinar, secuenciar y programar adecuadamente las reformas de forma que sus beneficios se repartan por toda la sociedad y todos los países puede ayudar a recabar un amplio apoyo a estas reformas. Una toma de decisiones más ágil en la Unión Europea también contribuiría a hacer avanzar las decisiones con mayor rapidez.